

CALERO SECALL, Inés, *Jantipa (siglos v-iv a. C.)*, Madrid, Ediciones del Orto (Biblioteca de Mujeres, 46), 2003, 94 páginas.

Inés Calero, profesora de filología griega de la Universidad de Málaga, aporta un estudio documentado, riguroso y sugestivo de una mujer griega de la época clásica cuya existencia es simultáneamente de las más conocidas e ignoradas en la historia intelectual de Occidente. ¿Acaso resulte pertinente incluir a Jantipa en el número de las paradojas socráticas?

El texto se encuentra integrado por cuatro secciones: Un cuadro cronológico que indica algunos de los acontecimientos relevantes acaecidos entre el nacimiento (470) y la muerte de Sócrates (399 a. C.); “La figura de Jantipa” (pp. 11-62); una selección de cuarenta y nueve textos que avalan la seriedad de la investigación realizada (pp. 63-87); y una bibliografía desglosada en “ediciones”, “ediciones con traducciones”, “traducciones” y “estudios” (pp. 89-94).

“La figura de Jantipa” se inicia con algunos datos biográficos. La existencia de esta mujer debió de coincidir con la de Sócrates, a quien sobrevivió. Aristófanes no alude a ella en su comedia. *Las Nubes* fue representada en el 423, por lo que Jantipa entró a la vida de Sócrates después de esa fecha. ¿Cuándo? Quizá la edad de sus hijos permita formarse una idea aproximada. En *Apología*, 34, d, el Sócrates platónico reconoce haber engendrado tres vástagos que contaban con diferentes edades en el año 399 a. C., uno adolescente

---

PALABRAS CLAVE: jantipa, platón, sócrates.

RECEPCIÓN: 6 de octubre de 2004.

ACEPTACIÓN: 13 de enero de 2005.

(μειράκιον) y otros dos infantes (παιδία). Como bien observa Calero, el primogénito de Sócrates nació aproximadamente entre los años 417 y 415, y Jantipa, madre de Lamprocles, fue alumbrada alrededor del año 435, si es que contaba con dieciocho años al momento de dar a luz ella misma. Si parió ya no tan joven, tal fecha admitiría ser desplazada hasta una década. En cualquier situación, acaso vio la luz entre los años 450-435 a. C.

Poco se sabe de la ascendencia de Jantipa; pero las evidencias apuntan a que nació dentro de una familia ciudadana. Calero hace hincapié en que, de acuerdo con la información proporcionada por Aristóteles, Pericles restringió justamente en el año 450 el “derecho de ciudadanía” a los hijos nacidos de ambos progenitores atenienses. Y Teodoreto denomina a Jantipa “ciudadana” (πολίτις). Πολίτις es el femenino de πολίτης; pero ello no implica que el “derecho de ciudadanía” (πολιτεία) haya sido exactamente igual entre hombres que entre mujeres. Así pues, Jantipa fue una *politis*, una mujer libre y “ciudadana” ateniense. Sin embargo, Jantipa no es llamada ὄσση. ¿Implica algo tal omisión? Siguiendo a Mossé, Calero señala que el término

...*aste* estaría en relación con el derecho de familia; se contemplaría a la mujer en tanto que esposa, hija o madre de atenienses, mientras que *politis* necesariamente debería remitirse de alguna manera a la ciudad... (pp. 15-16).

¿Qué se desprende de lo anterior? Calero contesta:

...podría, siguiendo el razonamiento de Mossé, significar que [Jantipa] no ocuparía el rango de esposa con toda su significación dentro del *oikos* y de la familia (p. 16).

Calero misma señala que no faltan los helenistas que consideran un hecho las nupcias formales entre Sócrates y Jantipa, incluso las han fechado en el año 419 o 418. Sin embargo, percibe que cierta “bruma” gravita en torno de “la opinión tradicional”, y la bruma tiene nombre: Mirto.

No menudean los testimonios de acuerdo con los cuales Sócrates cohabitaba con Jantipa y Mirto, lo cual ha dividido a los intérpretes. Por una parte se ubican aquellos que dan por un hecho la mono-

gamia platónica y que consideran que Jantipa fue la única y legítima esposa de Sócrates; entre éstos se mencionan nombres tan influyentes como los de Burnet o Tovar. Por otra parte no faltan aquellos que no descartan que junto a Sócrates haya existido la mencionada Mirto, destaca Labarbe, cuyo influyente artículo de 1998 “Les compagnes de Socrates” fue publicado en el número 67 de la revista *L’Antiquité Classique*. Tal disyuntiva ha dado pábulo a que algún autor opte por una saludable ἐποχή ante la imposibilidad real de reconstruir de manera indubitable la existencia del Sócrates histórico, Gigon por ejemplo. Taylor, por su parte, admite que los ciclos vitales de Mirto y Sócrates pudieron coincidir; pero hace hincapié en el mutismo de Jenofonte y Platón. Quizá el silencio de los diálogos sea el argumento de mayor peso para soslayar la cuestión de Mirto; pero afortunadamente Calero no se ve obstaculizada por la reverencia hacia lo dicho explícitamente por Platón y cuestiona la actitud “excesivamente idealizadora” (p. 19).

Aristipo, Plutarco, Luciano, Ateneo, Diógenes Laercio, Cirilo, Teodoreto, Jerónimo, Tzetzes y Suda constituyen fuentes que a lo largo de más de un milenio impidieron que se soslayara del todo la inquietante figura de Mirto. Ciertamente no todos los anteriores ameritan el mismo crédito. Y resulta imposible no señalar que Platón y Jenofonte, sin lugar a dudas los más autorizados para hablar del filósofo ágrafo, aluden profusamente a Jantipa sin jamás mencionar explícitamente y por su nombre a Mirto; fenómeno que contrasta con la abundancia de detalles de fuentes posteriores sobre la nieta de Aristides el Justo. Sin embargo, Mirto ofrece soluciones no menos que problemas.

El que un septuagenario sea padre de hijos tan pequeños no deja de atraer la atención; no menos llamativo resulta que el primogénito de Sócrates no haya recibido el nombre de su abuelo. ¿Cómo resolver tales enigmas? Calero responde que todo queda aclarado si se admite que Sócrates sólo se casó con Mirto con quien procreó exclusivamente a sus dos últimos hijos. Lamprocles, hijo de Jantipa, no pudo haber aspirado a heredar el nombre de su abuelo; pero el hijo de Mirto sí lo heredó a pesar de no haber sido el primogénito de Sócrates.

Por tanto, podríamos concluir que fue perfectamente posible que Sócrates estuviese conviviendo con Jantipa en una relación sin requisitos

legales y después contrajera matrimonio legal con Mirto, por lo que entra dentro de los cauces de la lógica que cohabitara con dos mujeres a un tiempo y esto coincide con lo referido por la Suda (Texto 49), aunque califique a ambas de *gametai*, “esposas” (p. 37).

No necesito destacar que una tesis como la anterior quizá no sea admitida por más de un helenista; pero las hipótesis de Calero no dejan de apoyarse en fuentes griegas tanto como en un profundo conocimiento de la situación socioeconómica de la cultura clásica, y su argumentación es tan audaz como coherente. ¿Se podría pedir algo más a una investigación metodológicamente rigurosa?

Cabe destacar que la autora traduce directamente del griego los textos que emplea como testimonios. Sin embargo, la abundancia de sus fuentes determina que algunas no hayan sido escritas en la lengua de Sócrates. Sólo en estos casos Calero consigna traducciones de otros especialistas; por ejemplo, recurre a la obra de Julio Pimentel Álvarez cuando cita *Disputas Tusculanas*, III, 15, 31, y IV, 37, 80 (p. 74).

Sucintamente, la *Jantipa* de Calero Secall aporta un material invaluable para el lector de habla hispana sobre una mujer griega del siglo quinto antes de nuestra era cuyo destino estuvo unido al de uno de los filósofos más relevantes de Occidente. ¿Y qué mayor homenaje se puede rendir a una socrática que disminuir la “ignorancia” que tiende a imperar sobre ella?

Víctor Hugo MÉNDEZ AGUIRRE